

**Fernández, Víctor Manuel**

*Tareas y desafíos para la filosofía*

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNÁNDEZ, Víctor M. “Tareas y desafíos para la filosofía” [en línea], en FERRARA, R. y MÉNDEZ, J. R. (eds.), *Fe y razón : comentarios a la encíclica*, Buenos Aires, Educa, 1999. Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/tareas-desafios-filosofia-victor-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]  
(Se recomienda indicar al finalizar la cita la fecha de consulta. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

## TAREAS Y DESAFÍOS PARA LA FILOSOFÍA

*Pbro. Dr. Víctor M. Fernández*

Desde el ámbito específico de la teología, y a partir de la lectura de FR 80-91, intento explicitar lo que la Teología puede proponer a la Filosofía, en especial al filósofo cristiano, como tareas y desafíos. Doy por supuesto aquí que las filosofías de alcance metafísico son las adecuadas como instrumental filosófico *básico* y *principal* para poder pensar los datos revelados, y no niego los riesgos de una filosofía radicalmente fenoménica o relativista. Pero la encíclica quiere fomentar también el progreso de la filosofía (106) y la integración de toda parte de verdad (48, 54b) en una filosofía dialogante (104). Por eso creo que lo dicho en FR 80-91 debe ser leído a la luz y en el contexto más amplio de todo el Magisterio de Juan Pablo II. Por ejemplo:

1. La encíclica afirma que “una filosofía radicalmente fenoménica o relativista sería inadecuada para ayudar a profundizar la riqueza de la Palabra de Dios” (82b). Pero esto no debe ser entendido de una manera que contradiga otras afirmaciones del Papa, precisamente en lo que se refiere a la interpretación de la Escritura. Porque así como decimos que la teología requiere siempre de un instrumental filosófico que le permita estructurar un discurso racional, el Papa afirma que “una interpretación no puede hacerse sin método”. Pero al referirse concretamente a los métodos de interpretación bíblica sostiene que “el gran número de métodos, que puede dar algunas veces la impresión de cierta confusión, ofrece la ventaja de hacer aparecer más adecuadamente la inagotable riqueza de la Palabra de Dios”. No vemos aquí un temor a la dispersión, a la fragmentación, a la parcialización, sino el reconocimiento de una inagotable riqueza que aparece más adecuadamente gracias a la multiplicación de métodos muy diferentes. ¿No decimos también que la realidad estudiada por la filosofía tiene una riqueza inagotable? Por eso “todo sistema filosófico debe reconocer la prioridad del pensar” al que debe servir (4). Pero el Papa pregunta qué sucede cuando los métodos “parecen constituir un peligro para la fe, porque los utilizan intérpretes no creyentes que someten las afirmaciones de la Escritura a una crítica destructiva”. Y responde que “hay que establecer una clara distinción entre el método propiamente dicho y rechazables prejuicios -racionalistas, idealistas o materialistas- que pueden pesar sobre la interpretación e invalidarla. El exégeta iluminado por la fe no puede adoptar tales presupuestos, pero tampoco podrá dejar de sacar provecho del método”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a la Pont. Com. Bíblica*, 07/04/1989.

Creo que esto mismo está dicho en FR 84, cuando se refiere a las ciencias hermenéuticas y los diversos análisis del lenguaje. Como posibles defectos de estas ciencias se menciona que en sus investigaciones no se verifican “las posibilidades que tiene la razón para descubrir su esencia”, y que “en algunas afirmaciones apriorísticas estas tesis tienden a ofuscar los contenidos de la fe” (arriba: “parecen constituir un peligro para la fe”). Sin embargo reconoce que “los resultados a los que llegan estos estudios pueden ser muy útiles para la comprensión de la fe” (arriba: “no podrá dejar de sacar provecho”).

Pero ciertamente, para evitar un eclecticismo superficial, esto implica “el estudio rígoroso y profundo de las doctrinas filosóficas, de su lenguaje peculiar y del contexto en que han surgido” para “su adecuada integración en la argumentación teológica” (86 b).

Lo que la encíclica reclama a una filosofía para que esté en consonancia con la Palabra de Dios, incluyendo un “sentido último y global de la vida” (81c), puede entenderse mejor si tenemos en cuenta que, al acudir al instrumental aristotélico, Santo Tomás enfrentó “con audacia” y “libertad de espíritu” (43c) la tarea de asumir una filosofía pagana a pesar de sus deficiencias: un Dios incapaz de amar y la ausencia de un desarrollo sobre el destino del hombre.

2. Lo dicho anteriormente implica también que los aportes de las fenomenologías, aunque no den un paso explícito a la metafísica, “deben ser aprovechados”. Decía Mandrioni en el debate anterior que “aunque no hagan metafísicas explícitas o sistematizadas, están cargadas de elementos metafísicos”. En esta línea, el P. Podestá sostenía que “ningún saber más o menos respetuoso del objeto, si realmente alcanza el ser, deja de aportar descubrimientos de la realidad que no puedan ser asimilados a la filosofía verdadera”. Y en este sentido, una de las tareas que la Teología pediría a un filósofo cristiano es la de ayudarle a tomar consciencia del valor de verdad, aunque sea parcial, que aportan distintas filosofías actuales. Por ejemplo, la encíclica critica al utilitarismo (47a, 81c); pero en el cuestionamiento a la racionalidad utilitarista propia del neoliberalismo J. C. Scannone sabe aprovechar los aportes de Apel, Habermas y Levinas.

3. Retomando el tema bíblico, habría que reconocer la importancia de la teología fundamental (67), que muestra lo razonable de aceptar el testimonio de los evangelios, y así abre la posibilidad de un estudio filosófico sobre Jesús que permita incorporarlo en el diálogo con el mundo agnóstico. Pero en esta misma dinámica de respeto a la historicidad, cabe preguntarse si a veces el uso de la Escritura en la encíclica no es demasiado acomodaticio, y si al criticar el biblicismo (55c) no correspondería mencionar también otras formas de fideísmo como las lecturas fundamentalistas de la Tradición o del Magisterio.

4. Por otra parte, frente a la mentalidad secularista que suele reaccionar contra el autoritarismo, nunca conviene polemizar sin respeto, exigiendo obediencia a una autoridad, sino mostrar la belleza y la coherencia interna del pensamiento que se ofrece, su conexión y armonía con otras verdades. El Papa ha pedido perdón por los “métodos de intolerancia” en el servicio a la verdad (TMA 35a), y ha retomado el “principio de oro” (TMA 35b) del Concilio: “La verdad no se impone sino por la

fuerza de la misma verdad, que penetra con suavidad y firmeza en las almas" (DH 1). Y no pasemos por alto que hay en la FR una fugaz defensa del saber estético como forma de conocimiento que no puede ser relegada por el cientificismo al ámbito de la mera imaginación (88a). Por eso, así como la teología no está para demostrar la fe, la filosofía no está para imponer la verdad, sino para mostrarla con maestría, al modo como el artista muestra la música interpretándola bien, o al modo como el buen cocinero sirve un banquete.

5. En otro orden de cosas, consideremos que en el mundo occidental, donde la absolutización de la razón ilustrada no logró debilitar la apertura a lo religioso, sino que ha visto resurgir múltiples expresiones de la sed religiosa del corazón humano, otra tarea de la filosofía consistirá en recoger la sabiduría de la cultura de los pueblos (61b), sobre todo de sus religiones. Y en el contexto latinoamericano, donde la cultura está marcada por el cristianismo, se trata de mostrar al mundo de la razón autónoma su riqueza sapiencial y su derecho a hacer oír su voz. La razón, desligada completamente del fenómeno religioso, deja vía libre a cualquier pensamiento mágico, y despreciando la racionalidad propia del cristianismo, termina fomentando el desarrollo de seudoreligiones que son al mismo tiempo seudociencias, como la new age, las supuestas parapsicologías, etc. Además, la encíclica hace un reconocimiento a filósofos actuales "promotores del descubrimiento del papel determinante de la tradición para una forma correcta de conocimiento" (85c). No podemos dejar de reconocer aquí a Gadamer, que invita a entender la comprensión como el insertarse en la vida de un proceso de transmisión histórica,<sup>2</sup> lo cual da legitimidad racional a un pensamiento que se sitúe en el contexto de la Tradición cristiana.

6. Pero creo que hay también una tarea de la filosofía en la explicitación o "transposición especulativa" del conocimiento por connaturalidad o por contacto. La encíclica menciona como un valor "el análisis profundo de las vías afectivas del conocimiento" (91a), y el Papa Pío XII ha reafirmado el aporte que brinda este modo de conocimiento también a la filosofía:

"Piensa el Doctor Común que el entendimiento puede de algún modo percibir los bienes más altos que pertenecen al orden moral, tanto natural como sobrenatural, en cuanto experimenta en el alma cierta connaturalidad afectiva con los mismos bienes, ya natural, ya añadida por el don de la gracia; y es evidente de cuan grande auxilio pueda ser también este mismo semioscuro conocimiento para las investigaciones de la razón... para ayudar a la razón a un conocimiento más cierto de las verdades morales" (Dz 2324).

Pero esto no vale sólo para la ética, ya que si, como indicaba el P. Podestá en la sesión anterior, el objeto de la razón "es una naturaleza que de por sí tiende al encuentro con lo sobrenatural" y "en su ser más profundo es tendencialmente cristiana", entonces el contacto directo con lo sobrenatural que nos brinda el amor infuso, nos orienta realmente a una mejor captación de la verdad de las cosas y de la vida.

<sup>2</sup> GADAMER, H. G. *Wahrheit und Methode*. Tübingen 1975.

No sólo la Revelación, también la gracia enriquece la captación de la realidad del filósofo. Y con la gracia aquello que podría conocerse con la sola razón se capta más fácilmente y con menos mezcla de error. Además, al expresar racionalmente esta captación (la llamada "trasposición especulativa"), el pensador en estado de gracia podrá intuir más fácilmente qué instrumental filosófico la expresa mejor. Y teniendo en cuenta la posibilidad de la acción de la gracia también en un no cristiano, reconozcamos que esta posibilidad implica un acceso a la verdad e incluso una experiencia no expresa del Dios cristiano, lo cual permite percibir mejor lo que condice o no con esa realidad absoluta que se alcanza en la gracia.

Esta presencia del Dios cristiano, en el pensamiento de un no cristiano, puede llegar a una expresión metafórica. Por eso cabe precisar aquí que cuando decimos que no hay metáfora sin metafísica, esto no implica la exigencia de una metafísica explícita o un lenguaje ilustrado. Si hasta S. Tomás reconoce que las metáforas o locuciones simbólicas (ST I, 1, intr. y 9), aun cuando no se pueda desarrollar una especulación, también pueden contener Ciencia sagrada, no conviene comentar la encíclica de manera que se pase a negar la legitimidad de una filosofía que explote las metáforas que ofrecen la fenomenología, el arte, las culturas o el lenguaje sapiencial popular. Y al hablar de las verdades más hondas, también el lenguaje negativo tiene una función. Ya decía Buenaventura que para la expresión de la más alta sabiduría "son más aptas las negaciones y los superlativos que las afirmaciones positivas" (De Sc. Christi 7, ad 21).

7. También la crítica al historicismo (87) debería ser leída a la luz de otras perspectivas presentes en el Magisterio. Por una parte, la aceptación del método histórico-crítico como instrumental para la interpretación bíblica; por otra parte, la lectura compasiva que hace la Iglesia de su propia historia. El Papa ha dicho que "un correcto juicio histórico no puede prescindir de un atento estudio de los condicionamientos culturales del momento" (TMA 35b). Esto parece obvio, pero es necesario recordarlo, porque la crítica a las parcializaciones no siempre se hace recogiendo su parte de verdad, como la misma encíclica lo pide, y muchas veces se induce a pasar al extremo opuesto. Quienes tienden a olvidar que la mente humana siempre piensa encarnada en una historia condicionante, pueden usar la encíclica para canonizar su esquema mental ahistórico o su monofisismo intelectual, espiritual o eclesiológico.

8. Todo esto invita a mirar más la encíclica en su conjunto y en armonía con la mente del Papa reflejada en todos sus escritos, y no tanto a interpretar párrafos aislados. Y recordemos finalmente la perspectiva esperanzadora de la *Tertio Millennio Adveniente*, que invita a ver signos positivos ante el nuevo milenio, perspectiva que puede verse reflejada en el juicio moderado de la *Fides et Ratio* sobre la posmodernidad (91b.c).